

La aventura de D. Alvaro

DONÑA Ana agradeció con una mirada llena de apasionado reconocimiento la caballerosa contestación del joven, quien continuó del siguiente modo:

—El plan de D. Pedro contra vos es...

—Algo me ha indicado en la entrevista que vuestra presencia en esta casa interrumpió.

—¿Se atrevió á tanto?

—Me hizo ver que le era imposible continuar administrando mis bienes.

—¿Nada más os dijo?

—Nada más, pero sospecho el resto.

—¿Qué sospecháis?

—Que unido como está con los gobernadores, su enemistad conmigo puede serme perjudicial como favorable me ha sido hasta hoy su amorosa adhesión.

—Es cierto.

—En consecuencia debo esperar que, desentendido D. Pedro del cuidado y conservación de mis intereses,

cualquiera criminal y ambicioso secuaz de los gobernadores, intente y aun logre apoderarse de mis riquezas, como lo han hecho con otras que en mi caso se encontraron.

—Eso sería una villanía, y nada más que una villanía, y entendedlo, D.^a Ana, esos hombres no son sólo unos villanos; son mucho más, ¡son unos miserables!

—Explicaos, Don Alvaro.

—Privaros de vuestros bienes, venganza es que no satisfaría el odioso rencor de D. Pedro.

—¿Qué, pues, puede pretender?

—¡Vuestra deshonra, vuestro escarnio!

—¡Dios mío! — exclamó D.^a Ana sobrecogida de espanto.

—Sí, D.^a Ana: está pendiente sobre vuestra cabeza una espada terrible: esos infames se preparan á hacer valer en contra vuestra la íntima amistad que siempre ha existido entre vuestro esposo Alonso de Pacheco y el conquistador.

—¿Y de qué esa amistad puede servir en mi contra?

—De mucho, D.^a Ana.

—Decid.

—En vista de que Rodrigo de Paz murió negando que Hernán Cortés tenga ocultos los tesoros de Moctezuma, en vista de que horadados los cimientos del palacio del conquistador, nada se ha encontrado que denuncie la existencia de esas pretendidas riquezas, han ideado acusaros á vos de ser la depositaria de ellas.

—¡Oh! ¡miserables!

—La calumnia ha encontrado eco en esa agrupación de miserables, y según ellos, sólo de este modo se explica el lujo que desplegáis en vuestra persona y casa.

—¡Y bien! — exclamó D.^a Ana tomando una de aquellas actitudes que acrecían y realizaban hasta lo infinito su espléndida hermosura:—¡les abriré las puertas de mi casa, les permitiré que la allanen, y desentierren sus cimientos, y se convencerán de que D. Pedro de Togados ha mentido como un mal caballero!

—Así lo harán, D.^a Ana, pero no se detendrán en solo eso.

—¿Hay más aún?

—Sí, D.^a Ana; nada más fecundo en funestas invenciones que un corazón mal nacido y celoso.

—Continuad, continuad hasta el fin.

D. Alvaro, rojo de indignación, anhelante de ira y fiero como el león que se prepara á defender á su amada reina de los bosques, crispó sus puños sobre la cincelada empuñadura de su espada, y dijo:

—Quieren darse la cruel satisfacción de herir vuestro pudor, haciéndoos aparecer despojada de vuestras galas y vestiduras ante su inicuo tribunal, para en él aplicaros el tormento de la rueda.

—¡Dios mío!—gritó D.^a Ana sin poder moderar su terror,—¡esos hombres son unos miserables!

—Sólo teniéndolos por tales se puede comprender que con la amenaza de tal perspectiva pretendan lograr de vos que os decidáis á aceptar por marido á D. Pedro de Togados, autor é iniciador único de tan infame plan.

Al decir estas últimas palabras D. Alvaro estaba transfigurado por la explosión de sus nobles sentimientos y su varonil belleza apareció con ello más y más realzada.

D.^a Ana se dejó imponer por la gallarda presencia del joven y por la solemnidad de la situación y en el desbordamiento de su cariño y gratitud le dijo:

—Bajo el peso de la horrible cábala de esos hombres que buscan mi perdición y ruina, nada soy, ni nada puedo valer para vos. Pero sois noble y honrado cual ninguno y hace un momento que borrasteis ante mí todas vuestras culpas, asegurándome que me amáis actualmente tanto y tan bien como nunca me habíais amado. ¿Queréis, puesto que yo os amo como os he amado siempre, aceptar el derecho de defenderme aceptando mi mano, que os otorgo como otorgado os tengo mi corazón?

—¡Ah D.^a Ana!—exclamó D. Alvaro,—¡eso es imposible!

La dama retrocedió irguiéndose como una leona herida y sus mejillas se tiñeron del color de la vergüenza.

¿Había dado un golpe en falso?

¿La creía D. Alvaro indigna de ser su esposa?

—¿Imposible habéis dicho?—preguntó ofendida y avergonzada.

D. Alvaro debió comprender lo que pasaba en doña Ana, porque se apresuró á contestar:

—Imposible y no obstante os amo con todo mi corazón. Os amo como vos merecéis ser amada, como yo puedo amaros, es decir, hasta la demencia, hasta el extremo del amor que se traduce en eterna felicidad.

—Sí, pero no hasta el extremo que yo creo merecer, de hacerme vuestra esposa ante Dios y ante los hombres.

—Sí, D.^a Ana, nada me sería tan grato como acordaros esta reparación que en conciencia os debo y no obstante...

—¡Concluid!

—¡No obstante, es imposible!

—¡Otra vez esa odiosa palabra!—exclamó impaciente D.^a Ana.

—Escuchadme, señora y á su tiempo me agradeceréis la reserva que vengo guardando.

—Una vez convencido por Hernán López de que nada podía yo hacer en favor de mis amigos, y que al tratar de dar fin á mi misión sólo me procuraría inútiles peligros, puse, D.^a Ana, en vos mi pensamiento y determiné acudir prontamente en vuestro auxilio.

Púseme inmediatamente en camino y tal era mi impaciencia por llegar á México lo más pronto posible, que á la tercera jornada mi pobre caballo se enfermó gravemente y no pude continuar.

En vano solicité á peso de oro otro caballo del cual servirme.

Ninguno habia en los alrededores del miserable albergue en que me detuve.

Dos días después mi desesperación llegó á su colmo.

Mi caballo habia sucumbido á su enfermedad.

Quise emprender á pié el camino, pero mi huésped me demostró que mi proyecto era punto menos que impracticable.

Aquella noche y cuando yo me habia retirado ya á mi humilde habitación, un pasajero llegó á mi posada montando un brioso alazán.

Pretendí hablar con el recién llegado y no pude conseguirlo, pues se negó obstinadamente á verme.

El dueño de la posada me dijo que cubría su cara con un antifaz, que hablaba poco y enérgicamente, que parecia soldado y hombre de valor y escasa paciencia.

Hice que le propusiera la compra de su caballo, pero el desconocido se negó á venderlo á ningún precio.

Esto me encolerizó y determiné hacerme de su caballo, aun cuando hubiese de costarle la vida á su jinete.

Me vesti y armé y bajé á la cuadra.

En ella estaba ya el desconocido apretando las cinchas, pues no habia desguarnecido á su cabalgadura.

Esto me lo dijo el posadero: yo nada pude ver porque al sentir mis pasos, el desconocido mató la luz con que se alumbraba.

Sin encomendarme ni á Dios ni al diablo tiré de mi espada y al bulto me fui sobre mi víctima que desenvainó su acero, pues oí el ruido que hizo al salir, rozándola, de la ajustada vaina.

Un momento después la victoria era mía.

Mi contrario cayó lanzando un lastimero quejido.

¡Qué crueles somos los hombres de armas!

Sin detenerme á prestar á mi víctima auxilio de ninguna especie, sin ni siquiera ocurrirme conocer á aquel desgraciado, arrojé cerca de él mi bolsillo de seda lleno de oro, y montando sobre el disputado y noble bruto, salí al campo tan gozoso como si mi conciencia no tuviera que reprocharme el crimen que acababa de cometer.

Al amanecer me encontraba á más de seis leguas de la posada.

El hambre me hizo volver en mí, y, buscando, encontré en las alforjillas que llevaba á la grupa, lo necesario para satisfacer mi necesidad.

Conseguido esto, púseme de nuevo á registrar las alforjillas por ver si descubría quién pudiese haber sido el dueño del caballo que por tan malas artes montaba yo.

A poco buscar dí con unos papeles y en ellos con el nombre de mi víctima.

Aquel nombre me hizo lanzar un grito de espanto y horror.

Era... el de un hombre al cual yo debía haber guardado toda clase de atenciones.

Mi conciencia me atormentó desde el mismo instante de un modo atroz.

Casi sin saber lo que hacía volví á tomar el camino que había dejado atrás de mí.

El caballo se lanzó con salvaje impetu en dirección de la posada.

Parecía estar dotado de alas.

En el primer momento de mi distracción le había yo dejado morder el freno.

Iba, pues, desbocado.

Pero más de dos horas tardamos en desandar aquellas seis fatales leguas.

Me apeé del caballo que estaba cubierto de espuma y de sudor.

Corrí en busca de mi víctima que casi estaba espirando.

No pudo ella reconocermé.

Pero si le reconocí yo, que lancé con horrible grito este nombre:

—«¡Alonso de Pacheco!»—exclamó D.^a Ana interrumpiendo la narración del joven y apartándose de él con salientes y espantados ojos.

D. Alvaro se postró á las plantas de la dama y en extremo conmovido contestó:

—¡El mismo!... ¡perdón, D.^a Ana! ¡perdón!

Capítulo X

El imperio de la fuerza

DEJEMOS por un momento á nuestros protagonistas entregados á la violenta situación en que han quedado al final del precedente capítulo.

Necesitamos entrar en un detalle, siquiera sea breve, de los sucesos políticos de aquellos días, indispensable para la mejor inteligencia de las escenas que pintando vamos.

No satisfechos los gobernadores, Salazar y Peralmindez, con el golpe que habían dado á sus enemigos, deshaciéndose de Francisco de las Casas, Gil González y Diego Hurtado de Mendoza, embarcados por su orden en Veracruz para Castilla, quisieron hacer imposible toda maquinación contra ellos apoderándose del gran número de personas refugiadas en el convento de San Francisco.

Por mas que en aquellos tiempos el derecho de asilo en las iglesias fuese práctica generalmente respetada, la soberbia de Salazar no pudo avenirse con tal respeto y, atropellando por todo, después de haber en vano reque-

rído á fray Martín de Valencia para que le entregase los acogidos á su amparo, reunió la gente bastante y cercó el convento y á viva fuerza los extrajo de él.

«Esta violencia,—dice un historiador,—no la sufrió fray Martín de Valencia, que era el juez eclesiástico en México, é inmediatamente requirió por tres veces á los gobernadores amenazándolos con las censuras eclesiásticas, si no reponían en el mismo lugar á los retraídos; pero Salazar y Chirinos, sordos á estos requerimientos no cejaron. Visto esto por el custodio, fulminó entredicho en la ciudad y con sus frailes y vasos sagrados salió en procesión de México y se fué á Tlaxcala. Esta demostración desconcertó los proyectos de los gobernadores, que se veían sin fuerzas bastantes para hacer frente á un pueblo, que tocado del poco respeto que mostraban á las penas eclesiásticas, iba á hacer en ellos un ejemplar; y así, poseídos de este temor, hicieron volver á los religiosos, y repusieron los retraídos en el convento. Fray Martín, luego que volvió de Tlaxcala, los absolvió públicamente, bien que en este acto de religión se portaron con irreverencia, vomitando muchos dicerios contra los frailes con grande escándalo de los buenos cristianos.»

Esta conducta fué con justicia achacada á cobardía y el vecindario de México tomó una actitud tan imponente que los gobernadores determinaron dar palo de ciego más bien que estarse á las consecuencias.

Y como vieron que el partido de Cortés empezaba á dar señales de quererse rehacer de la dispersión en que habíale puesto el cruel asesinato de Rodrigo de Paz, buscaron el modo de normalizar en lo posible su situación, sobradamente falsa desde el momento mismo en que parecía haberse confirmado la muerte del conquistador.

Al efecto llamaron á una junta á todos los ayuntamientos de las ciudades y villas del reino, invitándoles á hacerse representar por medio de procuradores, pues la junta había de celebrarse en México.

Como Chirinos y Salazar disponían del mando supremo, no les fué difícil que los ayuntamientos obsequiaran su invitación, y los procuradores se reunieron efectivamente en México en junta general.

En ella resolvieron, bajo la dirección de los agentes de los gobernadores, que éstos habían cesado en el ejercicio del cargo que Cortés les había dado.

Acto continuo anuló los nombramientos, que, firmados por el conquistador, presentaron aquellos hipócritas tiranuelos, y procedió á librárselos en su nombre.

La misma junta quitó sus empleos á los gobernadores y justicias más afectos á Cortés y puso los puestos vacantes á disposición de los secuaces y cómplices de Salazar y Chirinos.

Bernardino Vázquez de Tapia y Antonio de Villaroel, enemigos personales de D. Hernando, sustituyeron por esta maniobra á Francisco de Montejo y Diego de Ocampo, en el ejercicio del poder para tratar en la corte los negocios de aquel reino.

Como no eran la actividad ni la presteza lo que á aquella gente faltaba, Tapia y Villaroel se pusieron sobre la marcha en camino para Veracruz, pero antes de partir Villaroel tuvo la indignidad de presentarse á los gobernadores, demandando al difunto Rodrigo de Paz el pago de cierta cantidad que aseguraba haberle ganado al juego: sin más pruebas se decretó el embargo de los bienes de Paz, y de ellos se pagaron á Villaroel doce mil pesos á que montó su reclamación.

Efecto del temor que estas medidas les impusieron, los amigos de Cortés, y contrarios de los gobernadores, volvieron á dispersarse por no caer en manos de las que nadie libraba bien, y aquéllos se entregaron sin medida á colmar la copa del sufrimiento de sus oprimidos.

El latrocinio, que pudiéramos llamar oficial, quedó organizado y reglamentado.

Siguiendo sus breves y expeditos trámites, el partido triunfante saqueó al vencido, y muchas mujeres hubo que creyendo ó aparentando creer en la muerte de sus maridos en las Hibueras, se casaron con amigos de los gobernadores para de este modo salvar sus intereses y evitar ó hacer menor el despojo y la ruina.

No salieron de estos embrollos menos perjudicados los indios que los españoles, pues atentos el factor, el veedor y sus parciales á sacar el mayor provecho en el menor tiempo posible, vejáronlos y maltratáronlos con el fin de despojarlos de sus joyas, oro y plata, más cuantiosos en fama que en valor y calidad.

Muchos fueron los indios que entonces acabaron, los unos por defender lo que tenían, y los otros por suponerse de ellos que ocultaban lo que jamás quizás habían poseído.

Esto dió por resultado que en muchas partes los naturales se alzarán en rebelión y matasen numerosos españoles con grave riesgo para la paz del reino en general, riesgo que no desconocieron los gobernadores, por cuya causa hicieron venir á México á cuantos españoles andaban empleados en varias provincias en la saca de metales.

«Con esto se descuidaron los quintos y este ramo de la real hacienda se deterioró, y con todo que andaba una

sublevación, no dejaron aquellos sus antiguas mañas y quitaron al tesorero Albornoz lo que había juntado de los quintos, y dicha cantidad con las alhajas, oro y plata que habían robado á los mexicanos, las pusieron en manos de dos criados suyos que enviaron á la córte para entregar á sus protectores y amigos. Decían públicamente que no convenía enviar al emperador gran cantidad de oro y plata, bastándole anualmente veinte mil pesos, que era lo que rentaba el reino de Nápoles.»

Al exceso de tanto abuso se debió que, mal que pesase á todas sus intrigas, volviera á circular la voz de que la muerte de Cortés era una superchería inventada sin fundamento alguno.

Pero ni aun esto impresionó á aquellos soberbios tiranos, pues respondieron al rumor diciendo que aun siendo verdad que el conquistador viviese, si llegaba á volver á México ellos le prenderían con la autoridad de que por el cabildo estaban investidos, y haríanle ahorcar si se negase á cumplimentar la orden que del emperador tenían para que inmediatamente marchara á presentarse y responder á los cargos que se le hacían.

«Por esta causa los amigos de D. Hernando andaban tan abatidos y amilanados y sin indios porque se los había el factor quitado, que por mejor remedio escogieron poblar los monasterios, donde estaban esperando el remedio que Dios Nuestro Señor y V. M. les quisieran enviar, porque como el factor estaba tan apoderado de la tierra, y tan contra ellos, y veían que cada semana hacía alarde de pié y de á caballo, y que por más ruin se tenía el que allí no decía que si D. Hernando fuese vivo, que su persona sola de cada compañero bastaría á traérselo preso ó darle de lanzadas, no sabían qué se decir ni hacer.»

Dispuestos á todo y para todo arrojados, dieron orden á Francisco Bonal, Justicia de Veracruz, para que dado caso de que en el puerto se presentase algún juez perseguidor, no le permitiese desembarcar, y le obligara á regresar incontinenti para España.

Todo parecía caminar á medida de su deseo cuando se difundió por la ciudad una funesta nueva.

Los indios de la provincia de Huayaccic ú Oaxaca habíanse alzado contra los españoles y dado la muerte á sus autoridades: si el alzamiento no era prontamente sofocado el mal podía hacerse sentir en todo el país.

—¡Ahora veremos lo que saben hacer y lo que sirven los gobernadores!

Tal era lo que en todas partes se decía con ánimo de poner en ridículo á Salazar y Chirinos y hacer escarnio de ellos.

Pero Chirinos, que era quien más de los dos valía, recogió el guante y llamó á las armas á cuantos quisiesen acometer bajo su mando aquella empresa, para la cual salió en efecto al frente de doscientos infantes, cien caballos y número bastante de indios aliados.

En aquellos momentos Gonzalo de Salazar era, pues, el dueñío y único árbitro de la situación en la ciudad.

Capítulo XI

Las palabras de Pacheco

GONZALO de Salazar no pudo por menos de ver con satisfacción el impulso de orgullo que condujo á Peralmindez al extremo de renunciar de buen grado á las delicias del poder, para salir en son de guerra contra los indios rebelados en Oaxaca ó Huayaccic.

En esa satisfacción no entraba, sin embargo, ni en mínima parte, el gusto de haber acallado las malévolas murmuraciones de sus enemigos.

—Para convencerse de que no les tenemos miedo alguno, puede bastarles el ver cómo los tratamos. No se trata á puntapiés al enemigo al cual se teme.

Así era la verdad.

La satisfacción de Salazar reconocía otro origen.

Desde que vió consolidarse más y más su triunfo, deseó, como buen ambicioso, ser el único en gozarle y disfrutar sus ventajas.

Por un último resto de pundonor y consecuencia, no

quiso intentar desde luego un recurso para eliminar del poder á Peralmindez.

Así, pues, cuando el mismo Chirinos se facilitó, aunque inconscientemente, para ello, Salazar se prestó con el mayor gusto á hacerle más resbaladiza la pendiente en que él mismo se ponía.

Pero quizás á ello mismo iba Salazar á deber su ruina.

En lides políticas el mayor apogeo suele ser tan sólo el preludeo de la más lastimosa caída.

Sus enemigos hicieron circular la especie de que el supuesto acto de valor de Peralmindez no tenía por móvil efectivo el deseo de reducir al orden á los indios alzados en Oaxaca, sino el de ganar un puerto en que embarcarse con las riquezas que ambos gobernadores habían acumulado.

Atribuían este plan á haber recibido Salazar noticias ciertas de que Hernán Cortés había, al fin, sabido lo que en México pasaba y al temor de su próximo regreso.

Pero, Salazar, como si quisiese quitar á estos rumores toda apariencia de verosimilitud, extremó, como nunca, sus actos de opresión y crueldad castigando sin misericordia á los parciales de Cortés.

Estos y los parientes del conquistador vieron que, si aquello se prolongaba, no dejarían más ó menos pronto de ser víctimas de Salazar, y acogidos los unos en las casas de Cortés y otros en el retraimiento de San Francisco, se consagraron á prepararse al ataque, ya allegando partidarios, ya haciéndose de armas y pertrechos.

El alma de esta salvadora conjuración lo fué Andrés

de Tapia, capitán de comprobado valor y de grande experiencia y amigo de Cortés, auxiliado por Alonso Saavedra y Jorge Alvarado, no menos distinguidos y animosos que él.

Esto contuvo algún tanto á Salazar, quien en los primeros momentos hizo abocar al palacio de Cortés los cañones de que disponía para batir á los allí retraídos; pero cambiando de parecer y temiendo por su seguridad personal, alistó una guardia de doscientos españoles afectos á él, y, siempre en medio de ellos, se dedicó á perfeccionar su obra de opresión y aun mostró desdén á sus contrarios, promoviendo lucidas fiestas y saraos, que se celebraron en una quinta de su propiedad, una legua distante de México.

Precisamente durante una de estas ausencias de Salazar, D. Alvaro de Silva había entrado en la ciudad con ánimo de estorbar los cobardes planes formados por D. Pedro de Togados.

¡Cuán difícil iba á serle cumplir la misión que se hubo impuesto!

Para luchar con un tan artero enemigo como Togados, era indispensable un ánimo sereno, tranquilo y desapasionado.

D. Alvaro no podía jactarse de poseer aquellas cualidades.

El lo dijo no hace mucho.

Desde el primer instante en que D.^a Ana apareció, gracias á los planes de D. Pedro, como protectora de los amores del joven, éste había sentido renacer en su corazón su antiguo amor, más fuerte y poderoso que nunca.

La misión que sus amigos políticos le encomendaron, le estorbó el habérselo así declarado á D.^a Ana.

D. Alvaro se alegró de ello.

Aquella misión le ponía en aptitud de desbaratar los proyectos de los gobernadores y, como consecuencia precisa, los de Togores también.

Cierto es que ignoraba los del último, al menos en sus detalles, hasta que Hernán López se los reveló; pero no por eso había dejado de sospechar que las intenciones del padre de D.^a Leonor eran las de obligar á D.^a Ana á otorgarle su mano de grado ó por fuerza.

Conocida toda la horrible maquinación, D. Alvaro hizo lo que ya sabemos que hizo para llegar lo más pronto posible á la capital.

Su aventura con Alonso de Pacheco, trocó en desierto páramo el campo florido de sus ilusiones.

En primer lugar el esposo de D.^a Ana no había muerto, como se creía.

En segundo, él, el mismo D. Alvaro, había tenido la desgracia de herirle y mortalmente.

Si esto llegaba á saberse, y si Pacheco moría, y si él desposaba á D.^a Ana, el vulgo podría creer que había asesinado al marido para casarse con la esposa.

—Afortunadamente,—se había dicho á sí mismo don Alvaro,—estoy casi cierto de que D.^a Ana me aborrece. El frío desdén con que me recibió, su intervención en que mi matrimonio con D.^a Leonor se realice, me prueban bien claramente que D.^a Ana no me ama. Vuelva, pues, mi amor á esconderse donde lo estuvo hasta ahora, tan oculto que aun yo mismo llegué á ignorar que existiese, y aceptemos nuestro destino tan negro y fatal como Dios quiere que sea.

Hecho este razonamiento, D. Alvaro sólo pensó en salvar á D.^a Ana de las garras de D. Pedro.

Con tal intención pasó á México y se hizo recibir por la supuesta viuda.

Hemos seguido todo el diálogo que con ella mantuvo y hemos visto cómo la dama le declaró que le amaba, y le propuso tomarla por esposa.

Esto le desconcertó y agravó más y más el pesar que le embargaba.

Veía la dicha, la tocaba, por decirlo así, y tenía que renunciar á ella.

Pero noble y generoso como era, no pensó, ni por un leve instante, en aprovecharse de las circunstancias que tan favorables le eran.

Habría tenido que cometer un crimen, y esto era en él imposible.

Podía haber ocultado su lance con Alonso de Pacheco, y haberle dejado morir en el abandono á consecuencia de su herida.

Nadie hubiera tenido noticia del suceso.

D.^a Ana, que ya contaba por muerto á Pacheco en las Hibuerras, no le habría sentido más porque su cadáver hubiese aparecido á unas cuantas leguas de México.

Pero todo esto hubiera sido infame y D. Alvaro era noble y generoso.

Dijo, pues, pura y simplemente la verdad y esperó que D.^a Ana determinase lo que más le conviniera.

A su vez D.^a Ana se asombró durante la primera parte de su entrevista con D. Alvaro, de que los sucesos caminasen tan á medida de su deseo, y no dudó que á tan grandes alegrías acechasen de cerca inevitables pesares.

Así fué, que apenas de los labios de D. Alvaro comenzó á salir la historia de su aventura con el desconocido pasajero, no necesitó que el jóven le revelara su nom-

bre; ella le adivinó y le dijo, como si de antemano supiese de lo que se trataba.

¿Cómo podríamos nosotros explicar lo que pasó por la imaginación de los actores de la escena final del capítulo noveno de este libro, en los momentos que siguieron á la revelación de D. Alvaro?

Queremos renunciar á ello, por ser, para nuestras débiles fuerzas, imposible empresa.

D. Alvaro fué el primero en abrir de nuevo la conversacion.

Hombre delicado y amante verdadero, comprendió que hubiera sido una crueldad indigna de él prolongar una pausa tan difícil para D.^a Ana.

—Espero,—dijo,—que seréis para conmigo tan claramente como Alonso de Pacheco.

—¿Pero vive aún?—se aventuró á preguntar con timidez la desventurada dama.

—Vive, si vida puede llamarse á su horrible agonía.

D.^a Ana tuvo un arranque de nobleza, y volviendo á ser lo que ser le correspondía, dijo con resuelta voz:

—Entonces mi puesto está á la cabecera de su lecho. Vos, D. Alvaro, me dispensaréis el favor de conducirme hasta él.

—¿Es imposible!—contestó el jóven.

—Noto, D. Alvaro, que no se borra hoy de vuestros labios esa palabra fatal. ¿Qué queréis darme á entender con ella?

—Alonso de Pacheco es portador de importantísimos pliegos de D. Hernando Cortés.

—¿Luego es falsa la noticia de su muerte?

—Enteramente falsa.

—Y bien, debemos felicitarlos de ello: así quedará de

una vez para siempre decidida la suerte de todos nosotros: así D. Pedro de Togados caerá desarmado con sus secuaces y protectores.

—Pensad, D.^a Ana, que mientras eso sucede, aun podemos perecer todos nosotros.

—En ese caso urge más de lo que yo creía, que me conduzcáis al lado de Alonso de Pacheco.

—Nada más grato para mí que prestaros esta ocasion para demostrar á los maldicientes que, cualquiera que haya sido la conducta que en vos hayan supuesto, sois una noble dama que, arrojando todo peligro, acudis sin temor alguno allí donde el deber os llama, y, no obstante, no puedo acceder á vuestros deseos.

—D. Alvaro, explicaos brevemente.

—Lo haré lo más que pueda.

Al reconocer en el herido por mi mano á Alonso de Pacheco, cruel remordimiento se apoderó de mí.

Aparte del remordimiento, la idea me vino de que, enterada vos del suceso, atribuyeseis mi infortunio á una criminal complacencia.

Y como os amo, D.^a Ana, con todo mi corazón, quise, en cuanto me fué dable, disminuir á vuestros ojos mi culpabilidad.

Obedeciendo á mi idea, me consagré á curar á Alonso de Pacheco.

Tales fueron mis cuidados, tal mi solicitud, que el desgraciado, que ya parecía cadáver, volvió, aunque lentamente, á la vida.

Agradeciendo á Dios el favor que me dispensaba, mis labios balbucearon las oraciones cuya memoria aun conservo, y lágrimas abundantes brotaron de mis ojos.

Lo vió Pacheco y me lo agradeció con palabras de perdón y disculpa para mi conducta.

Con inmenso trabajo, con imponderable fatiga, me descubrió que D. Hernando estaba enterado de lo que en México pasaba y que él era portador de importantes pliegos para los amigos del conquistador.

Le indiqué que dispusiera de mi persona y servicios como juzgase más útil y conveniente, y me manifestó que deseaba hablar con Francisco de las Casas.

Supo por mí que Francisco de las Casas ha sido desterrado y embarcado por los gobernadores, y que el jefe de los parciales y amigos de D. Hernando, lo es el capitán Andrés de Tapia.

Se mostró contento de la noticia y satisfecho de la elección de nuestros amigos, y me exigió que me trasladase inmediatamente á México y viendo á Andrés de Tapia le conjurase, en nombre de su señor, á ir donde Pacheco se halla para darle personalmente las instrucciones de que es portador.

—¿Y en qué puede ser eso inconveniente para que yo cumpla con mi deber, trasladándome al lado de Alonso de Pacheco?

—Debo decirlo, D.^a Ana; me consta que D. Pedro de Togores os tiene de tal modo vigilada por numerosos espías, que fuera de vuestra casa no podéis dar un paso sin veros perseguida por alguno de ellos.

—Y eso ¿qué obsta á mi propósito?

—Al vuestro personal, esto es, al que se relaciona con vuestra justa exigencia de ser conducida al lado de Pacheco, nada obsta ciertamente.

—¿Entonces?...

—¿Querriais comprometer á vuestros amigos, perderlos quizás y con ellos á Alonso de Pacheco?

—De ningún modo.

—Pues hé ahí que su perdición sería segura si, siguiéndolos descubrieran los gobernadores el paraje en que se esconde nada menos que un emisario de D. Hernando. Todos nosotros, y vuestro marido antes que todos, aceptaríamos gustosos la suerte que vuestro noble acto de abnegación pudiera traernos, si este acto no fuese hasta cierto punto inútil. No quiero lastimaros, D.^a Ana, pues aun cuando mi amor hubiese de ser imposible, os amo con todo mi sér, con todas mis facultades; pero no por eso debo dejar de decir la verdad. Al perdonarme Alonso de Pacheco la fatal herida que le causé, me dijo estas palabras que jamás olvidaré:

«Has obrado como quien eres; ayer me quitaste el honor, hoy me quitas la vida.

»No lo siento.

»He realizado todas mis ambiciones.

»Mi gloria militar sólo tiene semejante en la de don Hernando.

»Mis riquezas igualan y están más seguras que las del emperador.

»Estoy fatigado de mis trabajos y de soportar el peso de mis ambiciones cumplidas.

»Esta carga sólo podría compartirla con una esposa amante y digna de mí.

»Eso es lo único que me falta.

»En estos dos años que he estado ausente de México, tú y ella habréis concertado el golpe con que me has muerto.

»Tu acero estaba sin duda envenenado con la ponzoña del odio con que me veís.

»Estoy herido de muerte y veo clara y distintamente el fin de mis días y las puertas de la eternidad.

»No obstante, muero contento; Dios sabe que digo la verdad.

»Y como la muerte viene cuando yo la deseaba, bendigo su venida porque me hace feliz.

»Y como soy feliz os perdono; os perdono á tí y á ella: díselo así á D.^a Ana.

»Yo se lo diría si estuviese á mi lado.

»Pero por fortuna no lo está.

»Es tan hermosa D.^a Ana, que si la viese en mi último instante, mi alma se perdería sin remedio.

»Sería capaz, viéndola, de olvidarme por ella de Dios.

»Y no merece D.^a Ana que mi alma se pierda por ella.

»No la avises dónde estoy.

»Pocos dias tendrás que guardarle ese secreto, tú que sin duda ninguno tienes para ella.

»Sólo tengo una recomendación que haceros.

»Prométeme que la obsequiarás.

»Después de mi muerte no me deshonréis como me deshonrasteis en vida: alejaos uno de otro si podéis romper los lazos malditos que os unen.

»Si esto no podéis hacer, casaos después de pasado un año de mi muerte.

»Si aun esto no podéis, casaos inmediatamente, pero casaos para que legitiméis los lazos malditos que os unen.»

.....
D.^a Ana, cuya mortal palidez habia ido creciendo conforme D. Alvaro repetía las palabras de Alonso de Pacheco, no pudo escuchar más por el pronto, pues cayó sobre sí misma al suelo como herida de muerte.

Un último servicio

QUANDO D.^a Ana volvió en sí, su hermoso semblante, conservando la palidez que le habia producido el accidente, la asemejaba á una estatua de mármol, de tal modo perfecto, que D. Alvaro retrocedió instintivamente como queriendo salir del círculo en que ejercía su influencia maravillosa.

Mal debió comprender el secreto impulso del joven, pues alzándose majestuosamente serena, exclamó:

—¿Vos también sentís horror hacia mí?

—¡Ah D.^a Ana! — contestó D. Alvaro con amoroso transporte, — ¡cuán injusta sois con vos misma! Dios me pone en vuestro camino y yo creo que no puedo rebelarme contra sus providenciales designios!

—Vuestro amor es un amor maldito: Pacheco moribundo lo dice.

—Pacheco ignora que hace varios años hemos vivido alejados uno de otro. Pacheco ignora que os amo lo bastante para no reparar en los medios de reparar mi falta.

—¡Eso decís D. Alvaro y me habláis de vuestro amor, y habéis permitido que yo os confiese que el mío vive con la fuerza misma con que nació, cuando aún Alonso de Pacheco está sobre la tierra!

—Perdonádmelo, D.^a Ana, pero veía que el mundo entero os perseguía y era injustamente cruel con vos, y necesitaba probaros que yo no os abandono, y que al menos conmigo podéis contar por completo.

—Gracias, D. Alvaro; tenéis razón; habéis obrado bien; ¡Dios os lo premie!

—D.^a Ana...

—No hablemos más sobre este punto: pero en cuanto á mi conducta, aconsejadme: ¿qué debo hacer?

—Esperar, señora nada más que esperar.

—Esperar ¿qué cosa?

—Que acabe de pasar la justicia de Dios, para que se os abran las puertas de su misericordia.

—No os comprendo.

—Sois la esposa de Pacheco: moribundo como está, aun es el hombre fuerte hecho á prueba de lances y campañas. La herida que lleva sobre sí, sólo hombres como él han podido resistirla. Mi espada hizo en él lo que jamás hizo en hombre alguno. Pudiera creerse que habíala movido en la oscuridad el ángel de la justicia eterna: también Pacheco es criminal como lo hemos sido los demás: si él hubiera sabido daros el lugar que merecíais en su corazón, quizás no hubiese yo podido causaros mal alguno: no es culpa vuestra que yo os ofreciera lo que jamás os hubiera él ofrecido. Pero á pesar de todo Pacheco puede salvar de la muerte que sobre él esté suspendida; puse en ello todo mi empeño y yo mismo me maravillo del éxito que ha logrado mi deseo de reparar,

cuanto me sea dable, el efecto de mi espada movida por la fatalidad, nunca, por cuanto de más sagrado haya lo juro, por un impulso criminal que jamás he sentido. Si Pacheco llega á vivir es necesario que os encuentre resignada como siempre á vuestra suerte, que él mismo con su imprudente despegó trazó, desde que con él os unisteis.

—Tenéis razón, D. Alvaro, eso es lo que debemos hacer.

—Dios nos lo premiará, D.^a Ana. Por el pronto Pacheco va á prestaros un servicio de la mayor importancia. Va á suspender los efectos del ciego rencor de don Pedro de Togores.

—¿De qué modo, si, según decís, le conviene que se ignore dónde se encuentra?

—Por medio de esta carta,—contestó D. Alvaro entregando á D.^a Ana un papel.

—¡Dádmela!

—Son unas cuantas líneas nada más; ni su estado le permite más, ni Pacheco gusta de ser expresivo.

—Para *con su esposa, ¿no es cierto? ¿por qué no lo decís?

—¡D.^a Ana, no seáis cruel para con vos!

En los ojos de la dama brillaron, empañándolos, dos lágrimas de dolor.

Después desdobló el papel y leyó lo siguiente:

«Señora: aún vivo, y si Dios quiere pronto estaré á vuestro lado. Preparadlo todo de manera que pueda morir en mi casa lo mejor posible, pues vengo herido de gravedad.

ALONSO DE PACHECO.»

Las lágrimas que habían quedado suspendidas en los párpados de D.^a Ana, desprendiéronse de ellos y resbalaron lentamente por sus mejillas.

—¡No pudo en efecto dar más secamente sus órdenes!... Decidle, D. Alvaro que serán cumplidas.

Profundamente conmovido el joven saludó á la dama y se retiró.

Al salir de la casa, en sus ojos también había lágrimas.

Lo notó, y enjugándolas con sus crispados puños exclamó:

—¡Cuán difícil problema es el de la felicidad!

Después tomó á buen paso á lo largo de la calle, siguiendo la dirección del convento de San Francisco.

Pasaron tres días en completa soledad para doña Ana.

Ni D. Alvaro volvió á presentársele, ni D. Pedro de Togores acudió á importunarla con sus amenazas.

¿Qué había pasado?

Indiferente á todo dió libertad á su imaginación oprimida por el peso de tanto suceso imprevisto, y soñó como sueñan los dementes: sin darse razón de sus sueños.

¿Qué suerte se le esperaba?

Blanco por sus riquezas de la codicia de los infames que habían especulado con la falsa nueva de la muerte de Hernán Cortés, su persona no gozaba de garantía alguna, ni aun cuando se resolviese á abandonar á su voracidad todos sus bienes.

Ya vimos lo que pasó con el desventurado Rodrigo de Paz.

No se contentaron con el despojo, y le asesinaron de un modo bárbaro y cruel.

Hacían desaparecer la persona del despojado para evitar reclamaciones y garantizarse contra justas venganzas y represalias.

A esto quizás estaba expuesta D.^a Ana.

Así se lo había dicho Hernán López á D. Alvaro.

Motivos de sobra había para creerlo.

Aquella turba de infames desalmados, sin duda se había recreado concibiendo el lúbrico proyecto de contemplarla desnuda en la sala del tormento.

Parecía imposible que un hombre como D. Pedro hubiese podido llevar tan adelante su injustificable rencor.

D.^a Ana contaba, es cierto con dos defensores, D. Alvaro y Alonso de Pacheco.

Este, por mal que la quisiera, por grande que fuesen sus resentimientos, no consentiría en que se hiciese burla y escarnio de su esposa.

Pero si según D. Alvaro decía se hallaba al borde del sepulcro ¿cómo podría blandir en su defensa aquella tajante espada siempre triunfante en reñidas lides?

Quedábale D. Alvaro, pero enemistado con los gobernadores por el hecho de haber abrazado el partido de los parciales de Cortés, ¿qué podría hacer por ella mientras no hubiesen triunfado?

Para mayor desgracia, Peralmindez con quien D.^a Ana llevaba alguna amistad, no se hallaba en la capital.

A Salazar apenas le conocía y era además hombre que, si su interés lo exigía, sacrificaba á sus propios amigos.

Así pues, en su lucha con D. Pedro de Togores casi estaba sola y entregada á sus propias fuerzas.

Estas podrían ser tan grandes como ella lo quisiera, bastándole para hacerlas invencibles halagar la estrambótica pasión del padre de D.^a Leonor.

Pero esto no podía hacerlo D.^a Ana.

Gustaba, como toda mujer hermosa, de ser galanteada, pero en tanto que la galantería no traspasase los límites de una buena y desinteresada amistad, circunscrita al círculo de las conveniencias sociales.

A nadie y menos á D. Pedro de Togores había dado jamás motivo para importunarla más allá de dichos límites.

Sujeta por el deber á Alonso de Pacheco, y por dulces memorias á sus antiguas relaciones con D. Avaro, no buscaba en peligrosas aventuras lo que no podían ellas darle: la libertad y la dicha.

Su falta, grave pero única, tenía la demasiado presente en su conciencia y en su corazón.

En una Magdalena, la reincidencia es imposible.

Había amado y sólo podía amar al único hombre capaz de proporcionarle su regeneración.

Pero como muy bien había dicho D. Alvaro, la Providencia había dispuesto que Alonso de Pacheco pudiera aun hacerle un gran servicio.

Viviendo Pacheco, nada podía exigir de ella D. Pedro, cuya mira era la de hacerla su esposa.

Así cien veces se lo había jurado, queriendo ganarla en su favor.

Era, pues, indispensable aprovechar aquella circunstancia.

Tal es la situación en que D.^a Ana de Pacheco queda al final de los capítulo y libro á los cuales ponemos aquí término.

LIBRO VIII

LA MANO DE DIOS